

MI MERCEDES

Mis viejos son como aquellas personas que les gusta afirmar con orgullo que son mercedinos. Siempre dicen, en tono de risa, que el día que viajen a otro país, y les pregunten de dónde son, dirán: ... de Mercedes, antes que de Argentina. Es más, creo que en sus documentos dice nacionalidad: "mercedina".

¡Qué sentido de pertenencia!, ¡qué manera de sentir orgullo por su pago chico!

En la ruleta de la vida, el destino los premió con mucho trabajo, la crianza de sus hijos, la mesa servida siempre y no mucho más. Sin lujos pero sin privaciones. Eso sí, no viajaron nunca a ningún lado pero en el pasaporte de la vida llevan con orgullo a su Mercedes natal.

Yo también quiero mucho la ciudad, aunque el hecho de haberme ido a estudiar a capital después de terminar la secundaria, el desarraigo y la relación con otros jóvenes me ha hecho perder un poco el fanatismo por mi ciudad.

Sin embargo, cada vez que vuelvo los fines de semana y estoy en casa de los viejos es como si se me impregnara otra vez ese amor por sus calles, por su plaza, por el parque, la pulpería de Cacho, se me inflan los pulmones con el aroma de los tilos y me dejo embargar por la paz silenciosa de la siesta en verano.

Y ni hablar del placer que me da escuchar a la vieja cuando preparando los raviolos del domingo, se pone a recitar los versos del poeta Marín: *"amo este pueblo mío, el sosiego profundo de sus calles, andar entre sus gentes sencillas y cordiales"*.

Mercedes es así, es la Perla del Oeste, una ciudad con alma de pueblo que invita a quedarse.

Verlos a ellos, los raviolos de la vieja, el olor a tuco, la sobremesa y los partidos del domingo con el viejo son una sobredosis de *"mercedinismo"*.

Observo al viejo sentado en el sillón y recuerdo cuando de chico me llevaba en bicicleta por la 26 al fondo, camino al aeroclub, y parábamos frente a la famosa cruz de palo.

- Mirá- me decía- Mercedes era zona de frontera. La línea de frontera de Mercedes era la denominada Guardia de Luxán y acá se produjo un gran ataque por parte de los indios el 27 de octubre de 1823, en lo que se considera que fue el último malón.

Y agregaba: - los malones eran un tipo de ataque sorpresivo. Los indios destruían los poblados y los fortines durante la época de la colonia y hasta muy avanzado el siglo XIX. El ganado y las mujeres que tomaban como cautivas

eran sus bienes más preciados, dejando como saldo sólo despojos. Esta cruz-me decía señalándola- recuerda aquel ataque devastador.

A mí me encantaba como me narraba la historia. Es un apasionado de los orígenes de Mercedes. Me acuerdo que le decía: - viejo, vos podrías haber sido profesor de historia.

Y él me contestaba, con un dejo de melancolía: - me hubiese gustado, hijo, pero no pude y la necesidad me llevó a trabajar en la fábrica. Y en ese momento me decía una frase que me marcó para siempre: *Si no podes estudiar o seguir una carrera, también se aprende mucho leyendo.*

Promediando la tarde del domingo, venía la ronda de mates con algo que la vieja había preparado, buñuelos, torta frita o un esponjoso bizcochuelo. Y, de a poco, cuando se aproximaba la hora de la despedida, el domingo se empezaba a poner melancólico. Yo observaba a los viejos tratando de disimular la nostalgia que se iba apoderando de ellos, y no era para menos, se volvían a quedar solitos otra vez en la casa, por una semana o tal vez dos. Yo me hacía el duro delante de ellos, pero una vez que trasponía la puerta de calle y emprendía el regreso, no había forma de contener el llanto.

Por eso cuando a los pocos días escuché la noticia del robo en la casa de un matrimonio de ancianos del barrio, pensé en ellos, pensé que les había pasado a ellos. Habría sido una fatal casualidad porque yo también a ellos les anunciaba mi llegada con tres timbres cortos como decía la noticia que había ocurrido. Y confiada la mujer fue a abrir la puerta de calle pensando en el hijo y lista para el beso. En cambio su boca chocó con la boca negra de un revólver que le apuntaba y la metía con fuerza adentro de la casa. La noticia señalaba que fueron entre dos o tres muchachones los que habrían ingresado, maniataron a los pobres viejos y se llevaron algunas pocas cosas de valor.

Apenas me enteré, hablé con el viejo, le sugerí que pusiera rejas en la casa, que no se hiciera problema por el costo, pero que era necesario tomar algunas medidas de seguridad, pero me contestó tajante que esas cosas no pasan en Mercedes, que no era gente de acá la que asaltó al matrimonio, que no va a volver a pasar y no sé cuántas cosas más.

La vieja en cambio fue un poco más realista, tal vez sensibilizada por lo que le había pasado a la vecina y motivada por su instinto de madre, accedió a colocar algunas rejas, trabas y otros accesorios de seguridad.

El viejo dice que la inseguridad está en todos lados, y que si nos dejamos vencer, va a ser como una pandemia que nos obliga al encierro.

Yo, por las dudas, les avisé la nueva forma que implementé al tocar el timbre para evitar alguna otra terrible casualidad.

Y mi vieja...mi vieja sigue recitando los versos del poeta como añorando un tiempo pasado que tal vez... fue mejor.